



**Lev Tolstói**

**EL CUPÓN  
FALSO**



**Lev Tolstói**  
**EL CUPÓN**  
**FALSO**

Ilustraciones de  
**Ana Pez**

Traducción de  
**Víctor Gallego**

**Nørdicalibros**  
2018

Título original: *Falshivi kupon*

© De las ilustraciones: Ana Pez

© De la traducción: Víctor Gallego

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P

28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057

info@nordicalibros.com

Primera edición: enero de 2018

ISBN: 978-84-17281-12-0

Depósito Legal: M-35563-2017

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*



Gracel Asociados

Alcobendas (Madrid)

Diseño de colección y  
maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y  
Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





## PRIMERA PARTE

### I

**F**iódor Mijáilovich Smokovnikov, presidente de la Cámara de Comercio, hombre de integridad intachable, de la que se sentía orgulloso, liberal a ultranza y no solo librepensador, sino contrario a cualquier forma de religiosidad, que consideraba un residuo de supersticiones antiguas, había regresado a casa de su despacho en una pésima disposición de ánimo. El gobernador le había enviado una carta de lo más estúpida, en la que se daba a entender que Fiódor Mijáilovich no se había comportado como debía. Este se había puesto como una fiera y se había aprestado a redactar una respuesta cáustica y mordaz.

Una vez en casa, a Fiódor Mijáilovich le asaltó la sospecha de que todos se habían conjurado para fastidiarlo.

Eran ya las cinco menos cinco. Creía que estaban a punto de servir la mesa, pero la comida aún no estaba preparada. Fiódor Mijáilovich dio un portazo y se encerró en su cuarto. Alguien llamó a la puerta. «¿Quién demonios será?», pensó y gritó:

—¡¿Quién es?!



En la habitación entró su hijo, un muchacho de quince años, estudiante de quinto curso.

—¿Qué quieres?

—Es primero de mes.

—¿Y qué? ¿Vienes a por el dinero?

Habían convenido que el primero de cada mes el padre entregara al hijo tres rublos para sus gastos. Fiódor Mijáilovich frunció el ceño, cogió la cartera y, después de buscar un poco, sacó un cupón de dos rublos y medio, luego alcanzó el portamonedas y reunió otros cincuenta kopeks en calderilla. El hijo guardaba silencio y no cogía el dinero.

—Papá, ¿no podrías darme un adelanto?

—¿Qué?

—Preferiría no pedírtelo, pero me han prestado dinero y he dado mi palabra de restituirlo. Como hombre de honor no puedo... Necesito otros tres rublos. Te aseguro que no volveré a pedirte más... No es que no vaya a pedirte más, pero... Por favor, papá.

—Ya te he dicho...

—Solo por esta vez, papá...

—Te doy tres rublos de paga y te parece poco. A tu edad yo no recibía ni cincuenta kopeks.

—Ahora todos mis amigos disponen de mucho más. Petrov e Ivanitski reciben cincuenta rublos.

—Y yo te aseguro que, si sigues comportándote de ese modo, acabarás convirtiéndote en un estafador. No tengo más que decir.

—¿Cómo que no tiene más que decir? No se pone usted nunca en mi lugar, y al final voy a quedar como un canalla. Para usted es muy cómodo.

—Vete de aquí, bribón. Fuera.

Fiódor Mijáilovich se puso en pie de un salto y se abalanzó sobre su hijo.

—Fuera. Debería darte una azotaina.

El muchacho se sintió dominado por una mezcla de temor e ira, aunque el segundo sentimiento prevalecía sobre el primero; agachó la cabeza y con pasos raudos se dirigió a la puerta. Fiódor Mijáilovich no tenía intención de pegarle, pero estaba muy satisfecho de su reacción airada y durante un buen rato siguió gritando improperios contra su hijo.

Cuando la doncella vino para anunciarle que la comida estaba lista, Fiódor Mijáilovich, se levantó:

—Por fin —exclamó—. Hasta se me ha pasado el apetito.

Y, enfurruñado, se dirigió al comedor.

Una vez en la mesa, su esposa le dirigió la palabra, pero la respuesta que recibió fue tan breve e irritada que optó por callarse. El hijo no apartaba la mirada del plato y tampoco abría la boca. Comieron en silencio y en silencio se levantaron y se separaron.

Después de la comida, el estudiante se retiró a su habitación, sacó del bolsillo el cupón y la calderilla y lo arrojó todo sobre la mesa, luego se quitó el uniforme y se puso una chaqueta. Al principio cogió una gramática latina desportillada, luego cerró la puerta con el pestillo, guardó el dinero en un cajón, del que sacó papel de fumar, lio un cigarrillo, lo cerró con un pedazo de algodón y le prendió fuego.

Se pasó un par de horas sentado delante de la gramática y los cuadernos, sin entender nada; luego se puso

en pie y empezó a pasearse por la habitación, dando tacóns y recordando la escena que había tenido con su padre. Rememoró con toda nitidez las palabras ofensivas de este y sobre todo su expresión malhumorada, como si acabara de verlo y escucharlo. «Bribón. Debería darte una azotaina». Y cuanto más se acordaba, más furioso se sentía contra su padre. Recordó que este le había dicho: «Te aseguro que, si sigues comportándote de ese modo, acabarás convirtiéndote en un estafador. Ya lo sabes». «Pues sí, me convertiré en un estafador. Y le estará bien empleado. Se ha olvidado de que también él ha sido joven. Después de todo, ¿qué crimen he cometido? Solo he ido al teatro y, como no tenía dinero, se lo he pedido prestado a Petia Grushetski. ¿Qué hay de malo en eso? Cualquiera otro se habría compadecido, se habría interesado, pero él no hace más que insultar y pensar en sí mismo. Cuando le falta algo, llena toda la casa con sus gritos, pero yo soy un estafador. Sí, puede que sea mi padre, pero para mí es un extraño. No sé si todos los padres serán así, pero yo al mío no le tengo ningún cariño».

La doncella llamó a la puerta. Le traía una nota.

—Me han pedido que les lleve sin falta una respuesta.

La nota decía:

«Ya es la tercera vez que te exijo la devolución de los tres rublos que te he prestado, pero tú sigues intentando escabullirte. La gente honrada no actúa de ese modo. Te ruego que entregues el dinero a la persona que te ha llevado esta nota. Me hace muchísima falta. ¿Es posible que no puedas procurártelo?»

»Tu amigo, que te estima o te desprecia, según le pagues o no,

GRUSHETSKI».

«Vaya. Menudo cerdo. ¿Es que no puede esperar un poco? Tengo que pensar en alguna otra solución».

Mitia fue a ver a su madre. Era su última esperanza. Su madre era bondadosa y no sabía negarle nada; es probable que en cualquier otro momento le hubiera ayudado, pero ese día estaba preocupada por la enfermedad de su hijo menor, Petia, que solo tenía dos años. Se enfadó con Mitia porque había hecho mucho ruido al entrar y se negó en redondo a darle dinero.

Farfullando unas palabras confusas para su coeto, el muchacho se dirigió a la puerta. A la mujer le dio pena de su hijo y lo llamó.

—Espera, Mitia —dijo—. En estos momentos no tengo nada, pero mañana te daré lo que necesitas.

Pero Mitia aún ardía de indignación contra su padre.

—¿Por qué mañana, si es hoy cuando lo necesito? No me dejáis otra salida que pedírselo a un compañero.

Y salió dando un portazo.

«No hay nada que hacer. Él me dirá dónde puedo empeñar el reloj», pensó, palpando el reloj que tenía en el bolsillo.

Mitia cogió de la mesa el cupón y la calderilla, se puso el abrigo y se fue a casa de Majin.

## II

Majin era un estudiante bigotudo que jugaba a las cartas, conocía a varias mujeres y siempre tenía dinero. Vivía con una tía. Mitia sabía que Majin era un tipo poco recomendable; no obstante, cuando estaba en su compañía, siempre acababa obedeciéndole, aun en contra de su voluntad. Majin estaba en casa, preparándose para ir al teatro. En su pequeña y desarreglada habitación olía a jabón perfumado y a agua de colonia.

—Eso, amigo mío, es lo último —exclamó Majin, cuando Mitia le dio cuenta de su infortunio, le mostró el cupón y los cincuenta kopeks y le dijo que necesitaba nueve rublos—. Se puede empeñar el reloj, pero hay una solución aún mejor —añadió, guiñando un ojo.

—¿Cuál?

—Muy sencillo. —Majin cogió el cupón—. Si ponemos un uno delante del dos, tendremos doce rublos con cincuenta.

—Pero ¿existen cupones de esa cantidad?

—Pues claro, y también de mil rublos. Una vez pasé uno.

—No puede ser.

—Entonces ¿qué? ¿Probamos? —dijo Majin, cogiendo una pluma y alisando el billete con un dedo de la mano izquierda.

—Pero no está bien.

—Bobadas.

«Tenía razón —pensó Mitia, recordando los improperios de su padre—. Un estafador. Voy a convertirme en un estafador».



Miró a Majin a la cara, que a su vez le contemplaba con una plácida sonrisa.

—¿Qué? ¿Lo hacemos?

—De acuerdo.

Majin trazó un uno con muchísimo tiento.

—Bueno, ahora vamos a una tienda. A esa misma de la esquina en la que se vende material fotográfico. Precisamente necesito un marco para este retrato.

Y le mostró la fotografía de una muchacha de ojos grandes, pelo abundante y generoso busto.

—Un encanto, ¿eh?

—Sí, sí. ¿Pero cómo...?

—Es muy sencillo. Vamos.

Majin se puso el abrigo y los dos muchachos salieron juntos.

### III

En la puerta de la tienda de material fotográfico sonó la campanilla. Los estudiantes entraron, echaron un vistazo al negocio vacío, con los anaqueles llenos de accesorios fotográficos y varios expositores en el mostrador. Por la puerta de la trastienda salió una mujer poco agraciada, de expresión bondadosa, que se detuvo detrás del mostrador y les preguntó qué deseaban.

—Un marco bonito, *madame*.

—¿De qué precio? —preguntó la señora, mientras, con movimientos ágiles y fulgurantes de sus dedos hinchados, enfundados en mitones, iba sacando marcos de

distintas formas—. Estos cuestan cincuenta kopeks, esos otros son un poco más caros. Y este tan delicado y moderno vale un rublo con veinte.

—Bueno, me llevó ese. Pero ¿no podría hacerme un descuento. Le doy un rublo.

—En esta casa no se regatea —dijo la señora con dignidad.

—Está bien —dijo Majin, depositando el cupón sobre la vitrina—. Deme el marco y la vuelta, pero deprisa. No queremos llegar tarde al teatro.

—Tienen mucho tiempo —comentó la señora y se quedó mirando el cupón con sus ojos miopes.

—Quedará bien en ese marco, ¿verdad? —dijo Majin, dirigiéndose a Mitia.

—¿No tienen ustedes suelto? —preguntó la vendedora.

—Ese es el problema. Mi padre me ha dado este cupón y necesito cambiarlo.

—Pero ¿es posible que no lleven encima un rublo y veinte kopeks?

—Tengo cincuenta kopeks. ¿No tendrá miedo de que colemos un cupón falso?

—No, yo no he dicho eso.

—Pues devuélvamelos. Ya lo cambiaremos en otro lugar.

—Entonces ¿cuánto tengo que devolveros?

—Algo más de once rublos, me parece.

La vendedora echó la cuenta con la ayuda de un ábaco, abrió la caja, sacó un billete de diez rublos y, revolviendo entre las monedas, reunió seis monedas de veinte kopeks y dos de cinco.



—¿Sería tan amable de envolvermelo? —preguntó Majin, cogiendo el dinero sin prisas.

—Ahora mismo.

La vendedora hizo un paquete y lo ató con bramante.

Mitia solo recobró el aliento cuando la campanilla de la entrada tintineó a sus espaldas y se encontraron en la calle.

—Ahí tienes diez rublos, el resto me lo quedo yo. Ya te lo devolveré.

Y Majin se fue al teatro, mientras Mitia se dirigía a casa de Grushetski y saldaba su deuda.

#### IV

Una hora después de que los estudiantes abandonaran la tienda, el dueño del negocio regresó a casa y se puso a verificar la caja.

—¡Ah, eres tonta de remate! ¡Pero qué estúpida! —le gritó a su mujer al ver el cupón, dándose cuenta enseguida de la falsificación—. ¿Por qué aceptas cupones?

—Pero Zhenia, si tú mismo los has aceptado en mi presencia, y también de doce rublos —respondió la mujer, confusa, mortificada, a punto de echarse a llorar—. Ni yo misma sé cómo han conseguido engañarme esos estudiantes. Era un joven apuesto, y parecía tan *comme il faut*...

—Y tú eres una tonta *comme il faut* —siguió insultándola su marido, mientras contaba el contenido de la caja—. Cuando yo acepto un cupón, me aseguro de lo



que pone. Pero tú, a pesar de lo vieja que eres, solo te fijas en el hocico de los estudiantes.

La mujer no pudo soportar ese comentario y se enfadó a su vez.

—¡Eres como todos los hombres! Siempre estás haciendo reproches a los demás, pero, cuando tú mismo pierdes cincuenta y cuatro rublos jugando a las cartas, no pasa nada.

—Eso es otra cosa.

—No quiero discutir contigo —dijo la mujer y se retiró a su cuarto.

Una vez allí, se puso a recordar lo mucho que su familia se había opuesto a su matrimonio, pues consideraba que ese hombre era de condición muy inferior a la suya, y cuánto había insistido ella en esa unión; recordó a su hijo muerto, la indiferencia de su marido ante aquella pérdida, y sintió tanto odio por él que hasta llegó a desear su muerte. Pero al poco rato se asustó de sus propios sentimientos, se aprestó a vestirse y salió de casa. Cuando su marido volvió a los aposentos, ella ya se había marchado. Sin esperarle, se había puesto el abrigo y se había dirigido a casa de un conocido, profesor de francés, que los había invitado a pasar la velada.